

LOS PEREGRINOS FRANCESES

EN EL VATICANO.

Intrepido defensor de la fe católica, de la inmunidad eclesiástica, de la justicia, y del honor de la Santa Sede, tales son algunos de los títulos que la historia aplicó a San Pio V. Iguales títulos se aplican a Pio IX.

El Pontífice de la Imaculada Concepción, y de la Infalibilidad; el Pontífice, que yo me atrevería a llamarle también de la *Porta Pia*, es el émulo del Pontífice de Lepanto. Y el mundo cristiano proclama, que el esplendor de sus infortunios brilla mucho más todavía, que el esplendor de su gloria.

Solo viendo á los peregrinos de todas las clases y de todas las naciones, correr á Roma, y expresar á Pio IX su admiración y su entusiasmo, se comprende la realidad de dicha semejanza.

Y para quien ha tenido la honra de asistir á la solemnidad de la audiencia, concedida esta mañana por el Sumo Pontífice al Consejo general y á los comisionados franceses de las peregrinaciones, presididas por el señor Vizconde de Damas, esa semejanza, se reviste de un carácter mas energético y oportuno.

No me anticiparé á la revelación oficial, que me lisonjeo poder dar mañana. Saben ya nuestros lectores, que el Papa atiende esencialmente, á que sus palabras no sean publicadas, antes de haberlas examinado por sí mismo en las cuartillas taquigráficas. En este punto, obra perfectamente, y nos gloriamos de estar de acuerdo con él sobre el particular.

El Santo Padre dice lo que bien le parece en el recinto del Vaticano, y no quiere, que se reproduzca sino lo que él tiene por conveniente, que se diga al público. Está en su derecho, y usa de él.

Me limito, pues, hoy, á bosquejar la fisonomía de esa audiencia, y á referir con brevedad el sentido general de la respuesta de Su Santidad al mensaje de los peregrinos, leído por el señor Vizconde de Damas.

A las 11 de la mañana, llenaba ya el salón consistorial la multitud de peregrinos, á los cuales se habían agregado muchos miembros de la colonia francesa de Roma. Hombres y mujeres osculetaban sobre el pecho una cruz de lana encarnada, recamada de blanco, en cuyo reverso se leían estas palabras: *Servire Domino Christo*.

Una balustrada separaba de la multitud á los miembros del Consejo general y á los comisionados.

Junto al trono, veíase una mesa, sobre la cual había unos veinte tomos ricamente encuadrados, que contenían las adhesiones de los fieles peregrinos de Francia; y á su alrededor, algunos pupitres y sillas doradas.

Poco antes del medio día, se presentó el Santo Padre, acompañado de los cardenales, los Eminentísimos Donnet, Pitra, Guidi, Di Pietro, Borromeo, Oreglia, Marinelli, de muchos obispos, entre ellos, De la Boullerie, Maret, Lenti; y de un considerable número de prelados, entre otros, Nardi, Bastide, Givaudan, Boscredon, y otros, cuyos nombres no recordamos en este momento.

S. A. R. la princesa de Thurn y Taxis, con sus hijos, y los oficiales de su comitiva, que salía de los aposentos de Su Santidad, á quien acababa de ofrecer un cuadro precioso; se había ya colocado á poca distancia del trono, detrás de los sillones de los cardenales, los cuales permanecieron siempre de pie. En el alfeizar de una ventana, veíase una señora muy distinguida, que se supone

muy hábil en escultura:—es alemana, y está labrando un busto del Papa;—y como acerca de este punto, el Papa, no suele prestarse á satisfacer los deseos de los artistas, ella se contenta con estudiar la bondadosa y augusta fisonomía de Su Santidad, con la esperanza de trasladarla al mármol.

Luego que Su Santidad se hubo sentado, el Vizconde de Damas leyó el Mensaje, expresando con palabras elocuentes y salidas del corazón, los sentimientos del mas tierno afecto de la Francia católica, hácia la Santa Sede y hácia el Pontífice.

Este Mensaje, aunque más largo que de costumbre, era tan interesante, tan conmovedor, que Pio IX lo oyó con una marcada atención, manifestando frecuentemente con movimientos de cabeza y de manos, señales inequívocas de asentimiento. No pocos de los circunstantes derramaban lágrimas: el Vizconde hablaba de los dolores de la Francia! empero, como la última palabra era una aclamación á Pio IX, esta palabra fue repetida muchísimas veces con entusiasmo por toda la concurrencia.

Hé aquí el texto del Mensaje:

Santísimo Padre:

Los pueblos quieren la paz. En su sed de reposo, exclaman: *Pax, Pax*; y la guerra responde siempre á sus clamores desesperados. La guerra existe por do quiera, porque por do quiera reina el desórden del corazón, ó el desórden del espíritu. Las naciones no conocen ya el camino de la paz.

Este camino de conquistas pacíficas, el mas poderoso de nuestros reyes, supo mostrarlo á los pueblos en la más memorable de las peregrinaciones. Interrumpiendo los trabajos de un sitio mortífero, vino á Roma, ciudad de los Pontífices; y no temió humillar la púrpura, subiendo de rodillas los peldaños que conducen á la basilica del Principe de los Apóstoles. Allí puso á los pies del Santo Padre los tesoros de sus estados, y luego, Carlos y Leon se abrazaron.

Por el beso solemne de la fuerza y de la verdad, de la nación Franca y del Papado, quedó establecido el imperio de la paz en el mundo, y confirmada la misión de nuestra patria. Desde entónces, la Francia poseyó el mas cristiano de los reyes, y el humilde peregrino de Roma pasó á ser el mas

grande, el mas ilustre de los emperadores: Carlomagno.

¿Cómo obran hoy día los gefes de las naciones? ¿Do están los Carlomagnos en nuestros desolados tiempos? ¡Ay! los decretos de destierro, las cárceles pobladas de victimas inocentes, los conventos profanados, el mismo Vaticano transformado en una prisión, nos contestan: «Los gobiernos modernos no conocen ya el camino de la paz!»

Nosotros los católicos lo conocemos, Santísimo Padre; si; conocemos ese camino luminoso, por eso venimos á Roma.

Hace un año, que nos hallábamnos aquí, para celebrar la fiesta de nuestro Padre venerado y enfermo, que se dignó recibirnos, á pesar de sus fatigas, y para deponer á sus pies la sumisión de nuestro espíritu á sus enseñanzas infalibles, el afecto de nuestras almas á sus voluntades santas, y los deseos ardientes de nuestros corazones por su salud, tan necesaria en nuestros días de confusión y de turbulencias.

Hoy venimos á rogocíjarnos con nuestro grande y muy amado Pontífice, cuya juventud se digna Dios renovar como la del águila. Venimos á pedirle nuevas fuerzas para emprender una nueva campaña, y darle cuenta de nuestros humildes trabajos.

Armados por Vuestra Santidad con el signo invencible del cristiano, la Cruz, apoyados en vuestras bendiciones y las gracias de la Iglesia, hemos emprendido en el año último nuestros viajes pacíficos. Millones de personas nos han seguido, las cuales han cruzado la Francia en todas direcciones, haciendo resonar por todas partes, ya en las marchas rápidas, como en las procesiones solemnes, ya en las plazas públicas, como en los santuarios, los cánticos del Sagrado Corazon de Jesus, y los cánticos de Maria Inmaculada.

En un solo mes se han organizado tres mil peregrinaciones, muchas de las cuales, no bajaban de cuarenta mil personas, unidas todas por la misma fe, animadas de un mismo sentimiento, todas dispuestas á derramar su sangre por el triunfo de la Iglesia, la libertad de Pio IX, y la salvación de la Francia.

Un acontecimiento tan singular debía admirar al mundo: se había creído, primero, que nosotros sucumbiríamos, bajo el peso del sarcasmo; pero al verso perseverar y reaparecer, la indignación de nuestros adver-

sarios sube de punto, no se quiere creer, que seamos hombres pacíficos, sino que se nos acusa de perturbadores públicos, y de que pretendemos encender la guerra.

No se equivoca. Si, nosotros queremos la guerra: nosotros hemos declarado la guerra al respeto humano, á la indiferencia religiosa y al sensualismo; la hemos declarado tal como la quiere Vuestra Santidad.

¿No sois vos, Santísimo Padre, el más perseverante, el más infatigable atleta?

¡Atleta de vuestros labrios radiantes llevan la luz al seno de las nieblas más rebeldes, y con el mismo vigor atacan las sutiles adulaciones de un liberalismo hipócrita, que las astutas osadías de una incredulidad triunfante.

Atleta de la caridad: vuestro corazón se compadece de todas las miserias, alienta á los perseguidos, y condena á los perseguidores. Vuestro valor indomable fortifica á los débiles, y responde á los fuertes con este sublime reto: «Dios me ha dado una frente más dura que vuestra frente.» *Frontem duriorum frontibus eorum.* Y lo mismo la rabia sacrilega de las sectas tenebrosas, que la habilidad impotente de una política anticristiana, se estrellarán contra esa frente de bronce forjada por Cristo.

Nosotros seremos siempre hijos obedientes de un padre, cuyos deseos son, para nosotros, órdenes; queremos combatir con él en los combates de la paz, y obtener por mediado la oración el triunfo de las tres grandes causas, que reasumen todas nuestras aspiraciones, y hacen palpitar nuestros corazones: Roma, Pio IV, la Francia.

Roma, ó la fuerza invencible de Cristo al servicio de la paz.

Pio IX, ó Pedro, viviendo todavía entre nosotros, conquistador pacífico, que toma posesion de los reinos, derramando en ellos los tesoros de su infalibilidad y las riquezas de su amor.

La Francia! Permitid á los vencidos, Santísimo Padre, un recuerdo de su patria temporal, mientras trabajan por la grande é inmortal patria de las almas. ¡Que de lágrimas, que de sangre no se ha derramado por su amor! ¡Plegue á Dios, que en sus humillaciones, encuentre la Francia el camino de la paz! ¡Quiera el cielo, que por el fervor de sus oraciones y la energia de sus obras, vuelva á sus antiguas tradiciones de honor y de fe, y que otra vez pueda decir: *Gesta*

Dei per Francos, ó la espada de los Francos al servicio de la paz, al servicio del Papa.

Estas son nuestras aspiraciones, Santísimo Padre; este es el único objeto de nuestra cruzada de peregrinaciones. Bendicid nuestros deseos, bendicid á nuestra pobre patria; bendicid á los peregrinos de 1874, como bendijisteis á los peregrinos de 1873. Dignaos acoger favorablemente nuestras adhesiones, y fortalecer nuestras esperanzas. Cristo ratificará en el cielo la bendiccion de su representante en la tierra, y el mundo reosará de júbilo al oír estos gritos queridos de todos los corazones cristianos:

Viva el Papa Rey!

Viva el Doctor Infalible!

Viva Pio IX.

Terminada la lectura, el Papa, levantándose, contestó en italiano: Su improvisacion será otra de las notabilísimas de esta época, pues ha opuesto con frases vigorosas los esfuerzos de los soberanos para proporcionar á su ambicion alianzas, al deber de los cristianos, que buscan su alianza en Cristo.

Su amor á la Francia, y por sus *Cari Francesi*, le ha inspirado elocuentes apóstrofes.

Al concluir, ha bendicido las peregrinaciones, á los peregrinos y á la ilustre y gran nacion francesa. No ha exceptuado á los hombres que gobiernan ese pais; pero ha manifestado con franqueza, que deseaba tuviesen el valor de obrar el bien, de poner un freno á la mala prensa, de desarrollar la instruccion cristiana, y, por último, de coartar lo que se llama *sufragio universal*, calamidad terrible que engendra todos los desórdenes y suelta todas las pasiones. Para caracterizar esta plaga del *sufragio universal*, Pio IX la ha calificado con esta gráfica expresion: MENTIRA UNIVERSAL.

Y esta calificacion pasará á la posteridad. Los miembros del Consejo general se acercaron al trono, besaron el pie á Su Santidad, despues de lo cual se retiró Pio IX, dejando á todos los circunstantes vivamente conmovidos.

E.

(*Journal de Florence*, 7 de Mayo 1874.)

Tenemos la satisfaccion de ofrecer, hoy, á la admiracion de nuestros lectores la traduccion textual del notabilísimo discurso pronunciado por nuestro Santo Padre el Papa, en la audiencia del 5 de los corrientes (Mayo 1874), contestando al que le fué leído por M. el vizconde de Damas, en nombre de los peregrinos franceses.

«Mi corazón no podia recibir un anuncio tan agradable, como el que acabais de pronunciar: el anuncio de la paz. Todos deseamos la paz, vosotros, lo mismo que yo; y yo, como vosotros. Empero, para obtener este beneficio, que viene directamente de Dios, es necesario emplear los medios, cuyo resultado sea la paz.

«La historia de todos los siglos nos demuestra, que la guerra, al verso, amenazadas de una potencia, ó de disensiones intestinas, se han procurado alianzas. Hoy, aun en medio de los desórdenes, que turban incesantemente la sociedad entera, las potencias trabajan en ajustar alianzas en el secreto de sus gabinetes. Los conquistadores, sobre todo, las solicitan: los justos, para conservar lo que han adquirido; los injustos, para no perder lo que han usurpado. Tambien los que han perdido una parte, ó la totalidad de sus Estados, solicitan alianzas, porque desean recuperar su posicion primitiva, ó, para servirme de la expresion hoy en moda, porque quieren conservar su autonomia, palabra que, como muchas otras por el mismo estilo, han sido tomadas de la lengua griega. Confesemos, que este robo es inocente. ¡Pleguiese al cielo que muchos, al mismo tiempo que las palabras, no hubiesen tambien adoptado la *fe púnica* (fede greca)!

Nosotros, los cristianos, debemos asimismo solicitar esas alianzas, para sostenernos en medio de tantos desastres. Mas ¿dónde las encontraremos? Si las solicitamos de las potencias, hallamos, que, las unas, son enemigas declaradas, y las otras, amigas poco seguras; hay algunas, que son benévolas, pero impotentes. Dejemos, pues, á los gabinetes, que hagan en secreto lo que tengan por más conveniente; dejemos á los muertos que entierran á sus muertos; dejemos, en fin, el mundo entregado á las disputas de los mundanos.

En cuanto á nosotros, buscaremos alian-

zas más sólidas; las buscaremos á los pies de Aquel, que ha uncido al carro de su triunfo el mundo, el infierno y la muerte. El es el gran conquistador, el Emperador de los Emperadores, el Rey de los Reyes. Él nos repite hoy, lo que decia en otro tiempo: *Confidete; Ego vici mundum. Ego vici mundum.* Si; el mundo ha sido vencido por mi fe, por mis apóstoles, por sus sucesores; y, hoy día, es vencido tambien por los ministros de Dios, y por tantos millones de hombres, que permanecen fieles en el ejercicio de su fe, en el cumplimiento de los deberes de la religion. No temais: *Ego vici mundum.*

¡Ay! un considerable número de impíos, de conquistadores injustos, de incrédulos y de apóstatas, exclamarán con el harto famoso emperador Romano, al fin de su vida: *Vicisti! ¿Que digo?* Todas las almas perdidas arrojan, hoy día, ese grito, y lo arrojarán hasta la consumacion de los siglos. Si; al fin de su vida, esos hombres humillados exclamarán, dirigiéndose al Divino Conquistador: *Vicisti!*

En cuanto á Él, entra triunfante en el cielo; y despues de haber borrado el sello de la condenacion eterna, impreso en nuestras frentes, y que ha enclavado en la cruz, entra glorioso, seguido y rodeado de millones de almas, que ha rescatado con su Pasion, dejando para ellas cerradas las puertas del infierno, y abiertas las del Paraiso. Él entra triunfante, y los coros de ángeles celebran su entrada con estos cánticos: *Attolite portas principes vestras, et elevamini porte aeternales et introibit Rex gloria.*

En medio de estos coros y de estos cánticos, el triunfador del mundo hace su entrada solemne, acompañado de inmensa multitud de almas rescatadas; y luego va á sentarse á la diestra del Padre, para reinar, desde su trono, por los siglos de los siglos.

¿Cuán dignos de lástima son esos desgraciados, que blasfeman de lo que no conocen, y que se glorian de su incredulidad! Esta incredulidad, sin embargo, no puede impedir que Jesucristo reine, juzgue, y condene á las penas eternas, á cuantos mueren sin haber querido reconocerle.

Por lo que á nosotros toca, debemos acercarnos con toda confianza al trono de ese Soberano todopoderoso, que, si es un juez severo para los impíos, es, al mismo tiempo, un Padre el más tierno para con los que le

temen y le invocan. Hagamos alianza con Él, y tendremos la seguridad de combatir con ventaja, y vencer á los numerosos enemigos que nos hacen la guerra. Empero, si Jesucristo nos concede una proteccion tan eficaz, exige la gratitud, que nosotros llenemos, por nuestra parte, la condicion que nos ha impuesto el Gran Aliado. Y lo que El exige de nosotros, es, que nos acordemos de El, con El caminemos, y de El hablemos.

Llamo vuestra atencion sobre este hecho: Apenas concluida la trágica escena del Calvario, dos discípulos que habian salido de Jerusalem, se dirigian á la aldea de Emaús. Caminando, conversaban entre si de los padecimientos y de la muerte de Jesucristo. Mientras asi discurrían, el mismo Jesucristo, juntándose con ellos, les explicó hasta los menores detalles de cuanto se referia á su pasion y muerte. Al explicárselos, encendió en sus corazones un amor tan ardiente, que se vieron obligados á decir: *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis?*

Los apóstoles, reunidos, hablaban de Jesucristo; de repente se aparece en medio de ellos el mismo Salvador, para llevarles este feliz anuncio: *Pax vobis!*

Las dos Marias, conversaban tambien de Jesucristo, dirigiéndose al sepulcro, con el corazón ardiendo de afecto: se les aparece tambien de repente el mismo Jesucristo, y las saluda con esta palabra: *Avete!* Yo os saludo, almas devotas: id, pues, á encontrar á los apóstoles, y decidles, que yo he resucitado.

Así que, el medio seguro de obtener una alianza, tan ventajosa para nosotros, alianza que nos asegure la proteccion, ó, por decirlo mejor, la amistad del Rey de Reyes, consiste en estar con él, conversar de él, amarle y cumplir su santa voluntad.

Empero, ¿cómo yo me engaño? ¿No es esto mismo lo que sucede hoy en diferentes puntos de Francia? Las numerosas y piadosas peregrinaciones, que se hacen á diversos santuarios, hablan de Jesucristo; los tribunales de penitencia, al rededor de los cuales se estrechan tantos millares de almas, ardiendo en deseos de revestirse con el brillante vestido de pureza, que comunica la gracia divina; de él hablan tambien. Las mesas eucarísticas, á cuyo alrededor se reúnen las almas, que desean adquirir vigor, alimentándose del pan de los fuertes, y que son *quasi novella olivarum in circuitu mensae;*

hablan asi mismo de Jesucristo. Los miserables, que recorren el mundo, sostenidos por la caridad, y por el afecto que les lleva á extender el reino de Dios; hablan del mismo modo de Jesucristo. Finalmente, todos los católicos, que tanto afecto demuestran al Vicario de Jesucristo, por indigno que el sea, que ruegan por él, que cada dia leñan nuevas pruebas de adhesion, y le defienden con sus escritos, y le sostienen con sus limosnas generosas; esos católicos, hablan igualmente de Jesucristo.

Y esas vírgenes, esposas de Jesucristo, que conservan siempre la lámpara llena del aceite de la caridad, á las cuales se las ve, ora en la cabecera del enfermo para consolarle, ora rodeadas de una numerosa corona de jovencitas, inspirando á sus tiernos corazones la santidad de costumbres, enseñándoles las máximas de la verdad, y mostrándoles las ventajas de la fe; esas almas santas, que penetran hasta en la horrible oscuridad de las cárceles, para aplicar el bálsamo de la caridad á las heridas de esos corazones endurecidos, y aligerar, al mismo tiempo, el peso de sus cadenas; esas humildes vírgenes, hablan tambien de Jesucristo.

Permitidme, pues, al Vicario del Obispo de nuestras almas, que se dirija á vosotros todos, y diga á los franceses: *Avete!* Yo os saludo.

Yo os saludo, y por esta salutación, creo confirmarnos en la buena voluntad que hasta el presente habeis manifestado. Yo os saludo, y deseo que esta salutación se extienda á todas las almas caritativas, á fin de que rogucis todos juntos, para obtener, que vuestra caridad se dilate, é induzca á los corazones mas duros á seguir vuestros ejemplos. Yo os saludo, y saludándoos, os bendigo.

Yo bendigo á vosotros, á vuestras familias, á vuestros amigos, á vuestros compañeros, á todos los peregrinos. Yo bendigo tambien á los que gobiernan esa ilustre nación; y al bendecirlos, invoco sobre ellos el espíritu de fortaleza, para que repriman la licencia de la prensa, y se sirvan de todos los medios, para que la enseñanza cristiana se difunda más y más en todos los puntos de Francia.

Yo los bendigo, á fin de que, unidos por los lazos de una santa alianza con esta Santa Sede, protejan los intereses de esta misma Sede, que son los intereses de nuestra santísima religion.

Plegue á Dios, que el fuego encendido

por el Divino Salvador en el corazón de los dos discípulos de Emaús, entre y penetre en el corazón de esas personas que les gobiernan, y que, con su gracia, se conviertan, no tanto en propagadores de la noticia de la Resurreccion de Jesucristo, cual lo fueron antes de los dos discípulos, como en cooperadores de la Resurreccion de la Francia en Jesucristo. Yo les bendigo, por último, esperando (permitidme que os lo diga) que trabajarán en hacer, lo que es difícil que desaparezca, ó al menos, se atenúe una plaga horrible, que affige á la sociedad, y que se llama el *sufragio universal*. Si este sufragio es una plaga, que destruye el orden social, y que mereceria, con justo título, ser llamado: *mentira universal*.

Alzo las manos y os bendigo. Os bendigo, por el viaje que habeis emprendido; os bendigo, por haber venido llenos de fe á visitar al pobre Vicario de Jesucristo. Al regresar á vuestros respectivos domicilios, llevad

esta bendicion á vuestras familias. Que Dios bendiga á vuestros hijos, á vuestros jóvenes dependientes, aun á aquellos, cuyo espíritu por más que sean hijos de buenos padres, se ha extraviado con ciertas ideas bebidas en fuentes malsanas. Que la bendicion de Dios derrame sobre estos últimos la luz necesaria, para que salgan de la oscuridad en que se hallan sumidos, y les indique el camino por el cual deben marchar.

Que Dios os bendiga durante los años que os restan de vida en la tierra, y principalmente en el momento de vuestra muerte. Que os ayude en aquel momento solemne, y reciba vuestras almas, para que sean halladas dignas de subir triunfantes con El al cielo, donde le bendigan, alaben, y den gracias por los siglos de los siglos.

Benedictio Dei, etc.

(*Journal de Florence, 9 de Mayo 1874.*)